

queable. El, que traía la vergüenza de su debilidad, hallaba á Severina cada vez más taciturna, enferma de esperar inútilmente. Sus labios ya no se buscaban, pues esa media posesión la habían agotado, y lo que querían era toda la felicidad, marcharse, casarse allí, comenzar otra vida.

Una noche Santiago halló á Severina en un mar de lágrimas; y ésta cuando le vió no se echó sollozando como otras veces á colgarse de su cuello y descansar en él. Ya había llorado así, pero entonces la serenaba con un abrazo, mientras que ahora, sobre su corazón, la sentía presa de una desesperación creciente, á medida que él la iba interrogando con mayor afán. Quedó trastornado y acabó por cogerle la cabeza entre sus manos; fija su vista en la de Severina, penetrando su mirada hasta el fondo de sus ojos anegados en llanto, Santiago juró, comprendiendo de sobra que si Severina se desesperaba de aquel modo era por ser su mujer, por no atreverse á matarle ella misma, en medio de su dulce pasividad.

—Perdóname, espera aún..... Te lo juro, pronto, en cuanto pueda—dijo el joven.

Enseguida pegó Severina su boca á la de Santiago como para sellar aquel juramento, dándose uno de esos besos profundos, por los cuales se confundían en la comunión de su carne.

X

La señora Eufrasia murió el jueves por la noche á las nueve, presa de horrible convulsión; y en vano Misard, que esperaba junto á la cama, trató de cerrarle los párpados; aquellos ojos obstinados permanecían abiertos; la cabeza quedó rígida, un poco inclinada sobre el hombro, como para mirar lo que pasaba en el cuarto, y cierta tirantez de los labios parecía arremangarlos con una risa zumbona. Sólo ardía una vela, colocada junto á ella en un rincón de la mesa. Los trenes que pasaban á todo vapor desde las nueve, ignorando que estuviese allí aquel cuerpo tibio aún, le sacudían un minuto, bajo la llama vacilante de la vela.

En seguida Misard, para que Flora se alejase, la mandó á Doinville á dar parte del fallecimiento. No podía estar de vuelta antes de las once; de manera que tenía dos horas por delante. Con gran sosiego principió á cortarse un pedazo de pan, pues sentía el estómago vacío; como que no había tomado alimento con aquella interminable agonía. Y comía de pie, yendo y viniendo, arreglando las cosas.

Algunos golpes de tos le detenían y estaba tan delgadocho, con sus ojos tristes y su pelo

descolorido, que no parecía que habría de gozar mucho de su victoria. Pero á pesar de todo había concluido con aquella alta y hermosa mujer, del mismo modo que el insecto come al roble; ya estaba boca arriba, acabada, anonadada, mientras él continuaba viviendo. Mas un temor le hizo arrodillarse para coger, debajo de la cama, una cazuela en la que había restos de agua de salvado, preparada para una lavativa: desde que Eufrasia logró descubrir su intento, no ya en la sal, sino en las lavativas, era donde ponía veneno del que se da á los ratones; y ella, demasiado ignorante, no desconfiando de nada por aquel lado, se tomaba la droga, envenenándose esta vez. En cuanto hubo vaciado la cazuela volvió, lavando con una esponja el piso del cuarto, lleno de manchas.

Había querido ser testaruda, ¡y peor para ella si pagaba el pato! Cuando en un matrimonio juegan á ver quién entierra al otro, sin dar parte á nadie de la lucha, hay que abrir los ojos. Aquello le ponía orgulloso, riéndose como de una cosa chusca, de la droga tan inocentemente tragada por abajo mientras vigilaba con tanto cuidado todo cuanto entraba por arriba. En aquel momento un exprés que pasaba envolvió la casucha con tal aire de tempestad, que á pesar de la costumbre, Misard se volvió hacia la ventana asustado.

¡Ah, sí, aquella ola continua, aquella gente que venía de todas partes, nada sabía de cuanto pasaba en el camino, importándola poco, tal era

su prisa por marcharse con dos mil demonios! Así que hubo pasado el tren, en medio del silencio, halló abiertos de par en par los ojos de la muerta, cuyas pupilas fijas parecían seguir cada uno de sus movimientos, mientras las comisuras de sus labios se arremangaban imitando la risa.

Misard, tan flemático, tuvo un ligero movimiento de mal humor. De sobra comprendió; la muerta le decía: ¡Busca! ¡busca!

Pero de seguro que no se llevaría con ella sus mil francos, y ahora que ya no existía, acabarían Misard por encontrarlos. ¿No hubiera sido mucho mejor que ella se los hubiese dado de buena gana? Así se habrían evitado todos los disgustos.

Los ojos le seguían por todas partes. ¡Busca! ¡busca! Aquel cuarto que no se había atrevido á registrar mientras ella vivió, lo recorría ahora con la mirada. Cogió las llaves de debajo de la almohada, revolvió las tablas del armario cargadas de ropa blanca, vació los dos cajones, hasta los quitó para ver si había algún escondrijo. ¡No, ninguno! Después se fué á la mesa de noche, despegando el mármol, mirándolo minuciosa, aunque inútilmente. Detrás del espejo de la chimenea, un mal espejo de feria fijado en la pared por dos escarpas, también estuvo husmeando; introdujo una regla plana, pero sólo sacó unos cuantos copos negros de polvo. ¡Busca! ¡busca! Entonces, para huir de aquellos ojos abiertos de par en par que le perseguían,

principió á andar á gatas, dando golpecitos en el solado, escuchando si notaba algún vacío. Varios baldosines estaban despegados y los arrancó. ¡Nada tampoco!

Cuando de nuevo se puso en pie, los ojos volvieron á apoderarse de él, y quiso plantar su mirada en la mirada fija de la muerta; ésta, con las comisuras de sus labios arremangadas, acentuaba su terrible risa. No había duda, se burlaba de él. ¡Busca! ¡busca!

La fiebre se apoderaba de Misard y se acercó á la muerta mordido por una sospecha, por una idea sacrilega que hacía palidecer aún más la cara descolorida de Misard. ¿Por qué se le había figurado que no se llevaba consigo sus mil francos? puesquizás se equivocase. Y se atrevió á destaparla, á desnudarla; registró todos los pliegues de sus miembros; buscó debajo de ella, detrás de la nuca, detrás de sus riñones. Deshizo la cama, hundiendo todo su brazo en el jergón. No encontró nada. ¡Busca! ¡busca! Y la cabeza, caída de nuevo sobre la almohada, arrugada, continuaba mirándole con sus pupilas burlonas.

Mientras Misard, furioso y amedrentado, trataba de arreglar la cama, Flora entró en el cuarto, de vuelta de Doinville.

—Pasado mañana, sábado, á las once—dijo.

Hablaba del entierro. Mas una ojeada la puso al corriente de la ocupación en que Misard se había cansado tanto durante su ausencia. Flora hizo un gesto de indiferencia desdeñosa.

—No se maree Ud., que no los encontrará.

El se imaginó que también la joven le desafiaba, y se adelantó hacia ella con los dientes apretados.

—A tí te los ha dado; tú sabes dónde están.

Al oír decir que su madre había dejado á alguien sus mil francos, aunque fuese su misma hija, Flora se encogió de hombros.

—¡Sí, sí, dado!..... ¡A la tierra es á quien se los ha dejado!..... Mire Ud., están por ahí, búquelos.

Y con amplio gesto indicó toda la casa, el jardín con su pozo, la línea férrea; todo el vasto campo. Sí, por ahí, en el fondo de un hoyo, en algún sitio en donde ya nadie los descubriría.

Luego, mientras que fuera de sí, volvía á zarandear los muebles y á pegar contra las paredes, sin que le importara la presencia de la joven, ésta, de pie junto á la ventana, continuó á media voz:

—¡Qué bien se está fuera, qué noche tan hermosa!..... He andado muy deprisa; las estrellas alumbran como si fuera de día..... ¡Qué tiempo tan hermoso hará mañana al salir el sol!

Flora permaneció un rato en la ventana, mirando aquella campiña serena, enternecida por los primeros alientos de Abril que la turbaban y que envenenaban aún más la llaga de su tormento. Pero cuando oyó que Misard dejaba el cuarto para registrar las piezas vecinas, la joven se acercó á la cama á su vez y se sentó, mirando á su madre.

En el rincón de la mesa continuaba la vela ardiendo con su llama alta é inmóvil. Un tren pasó, sacudiendo la casa.

La resolución de Flora era quedarse á pasar la noche allí, y reflexionaba. Primero, la presencia de la muerte le sacó de la idea fija que la preocupaba y que había estado debatiendo en la paz de la noche, durante el camino.

Una sorpresa embotaba ahora su sufrimiento: ¿por qué no había sentido más la muerte de su madre? ¿por qué no estaba llorándola? Sin embargo, la quería mucho á pesar de su fiereza y de su carácter reservado. Veinte veces, durante la crisis que había de matarla, vino á sentarse en aquel mismo sitio, para suplicarla que llamase á un médico, pues sospechaba lo que estaba haciendo Misard, y tenía confianza en que el miedo le detendría.

Pero nunca obtuvo de la enferma más que un no furioso, como si ésta hubiese hecho consentir el orgullo de la lucha en no aceptar socorros de nadie. Aquello ciertamente era lo que le torturaba el corazón, pero sin que por esto pudiese Flora entristecerse más, á pesar de sus esfuerzos para conseguirlo.

Llamar á los gendarmes y denunciar á Misard; ¿y para qué? puesto que todo iba á hundirse. Poco á poco, invenciblemente, aunque su mirada quedaba fija sobre la muerta, cesó de verla, volviendo á su visión interior, absorta por completo en la idea que se había implantado en su cerebro. No percibía Flora más que la sensa-

ción de la sacudida profunda de los trenes, cuyo paso marcaba las horas para ella.

Desde hacía un instante retumbaba á lo lejos un tren anunciando la aproximación del mixto de París. Cuando pasó por fin con su farol la máquina delante de la ventana, hubo en el cuarto un relámpago, un fulgor de incendio.

—La una y dieciocho—pensó Flora.—Todavía siete horas. Esta mañana á las ocho y dieciséis pasaron.

Cada semana, desde hacía algunos meses, el esperar aquel tren era para ella como una pesadilla. Sabía que el viernes por la mañana, el exprés que guiaba Santiago llevaba también á Severina á París; y ya no vivía, llena de tortura celosa, sino para acecharlos, verlos; y pensar que iban á poseerse libremente allá en la capital; ¡oh, aquel tren que huía sin que ella pudiese agarrarse al último vagón para que la llevara también! Le parecía que todas aquellas ruedas le cortaban el corazón. Había sufrido tanto, que una noche se escondió, queriendo escribir á la justicia; pues todo concluía si lograba que echasen mano á aquella mujer; y Flora, que en otro tiempo había sorprendido las cochinerías de Severina con el presidente Grandmorin, se daba buena cuenta de que decir todo aquello á los jueces era entregar á Severina. Mas Flora tuvo la pluma en la mano, y nunca pudo dar forma á su pensamiento. Y además, ¿acaso la esuecharía la justicia? Todos esos señorones iban á una, se entendían unos con otros, y quizás fuera ella la pagana

como lo había sido Cabuche. ¡No! quería vengarse y se vengaría sola, sin necesidad de nadie. Y no era su deseo un acto de venganza, como los que ella había oído referir; no era querer un mal para curar el suyo; era una necesidad de acabar con todo, de atropellarlo todo, como si un rayo pasara por allí.

Flora era más altiva, más hermosa y más fuerte que la otra, y estaba convencida de su derecho á ser amada; cuando se iba solitaria por los senderos de aquel país perdido, con su pesado casco de cabellos rubios, de buena gana hubiera querido tener allí á su rival para zanjar su resentimiento en el rincón de algún bosque como dos guerreras enemigas. Hasta entonces nadie había podido contrarrestar su fuerza invencible. Sería victoriosa.

Desde la semana anterior, esta idea brusca se había plantado, hundido en el cerebro de Flora, como bajo un martillo desconocido; matarles para que no pasasen más, para que no fuesen á gozar juntos en París. No razonaba, obedecía al instinto salvaje de destrucción. Matarlos, matarlos la primera vez que pasaran; y para conseguirlo derribar el tren, arrastrar una viga sobre la vía, arrancar un rail; en fin, romperlo todo, hundirlo todo. El de fijo quedaría aplastado sobre su máquina; la mujer, siempre en el primer coche para estar más cerquita, no podría tampoco escaparse; en cuanto á los demás que en el tren fueran, aquella continua ola de gente, ni siquiera se acordaba Flora de ella. No era

nadie; ¿acaso los conocía? Y aquel destrozo de un tren, aquel sacrificio de tantas vidas, era la tentación de cada una de sus horas, la única catástrofe bastanase grande, bastante profunda y llena de sangre y de dolor humano para que pudiese Flora bañar en ella su corazón enorme preñado de lágrimas.

Sin embargo, en aquella semana, el viernes por la mañana, titubeó, sin haber aún determinado el sitio en que quitaría el rail. Pero por la noche, como no estaba de servicio, tuvo una idea, se fué por el túnel hasta la bifurcación de Dieppe. Era uno de sus paseos aquel subterráneo de media legua de longitud, aquella avenida abovedada, derecha, en donde sentía la emoción de ver rodar los trenes por encima de ella, con sus linternas que la cegaban. Cada vez que esto ocurría hallábase Flora á punto de que la deshicieran; y sin duda aquel peligro era el que la atraía continuamente, como desafiando tales monstruos. Aquella noche, después de haber burlado la vigilancia del guarda y haberse adelantado hasta la mitad del túnel, tomando á mano izquierda, tuvo la imprudencia de volverse, para seguir las linternas de un tren que iba al Havre; y cuando echó á andar de nuevo, tropezó y dió media vuelta, de manera que ya no supo por qué lado acababan de desaparecer las luces rojas.

A pesar de su valor, aturdida aún por el estruendo de las ruedas, se detuvo sintiendo un calofrío de espanto. Ahora, al pasar otro tren, no sabría ya si era ascendente ó descendente, se

echaría á la derecha ó á la izquierda, y quizá la hiciesen pedazos las ruedas. Haciendo un esfuerzo trató de fijar su razón, de recordar, de discutir.

Y de repente, el terror la arrastró al azar, siguiendo en línea recta, en un galope furioso. ¡No, no! ¡No quería que la matasen antes de haber matado ella á los otros dos! Sus pies se agarraban en los rails, tropezaba, se caía; y luego corrió con más ahinco. Era la locura del túnel, las paredes parecían estrecharse para ahogarla, la bóveda repercutía ruidos imaginarios, voces de amenaza, bramidos formidables. A cada momento volvía la cabeza, creyendo sentir sobre su cuello el aliento abrasador de una máquina. Ya dos veces, la idea de que se engañaba, y que sería despedazada por el lado hacia el cual huía, le hizo cambiar de un brinco la dirección de su carrera. Galopaba, galopaba, cuando delante de ella, á lo lejos, apareció una estrella, un ojo redondo y echando llamaradas que crecía convirtiéndose en hoguera, en boca de horno devoradora. Ciega, Flora saltó á la derecha sin darse cuenta, y el tren pasó como un trueno, sin hacer más que abofetearla con su viento de tempestad. Cinco minutos después salía del lado de Malaunay sana y salva.

Eran las nueve, algunos minutos más y estaría allí el exprés de París. Continuó paseándose hasta la bifurcación de Dieppe, á doscientos metros, examinando la vía, buscando alguna circunstancia que la ayudase. Justamente sobre la vía de Dieppe que estaban arreglando, estacioná-

base un tren de balastre, tren que su amigo Ozil acababa de dirigir allí; y en una repentina iluminación de su cerebro, halló y determinó su plan: impedir únicamente al guardaagujas que pusiera la aguja sobre la vía del Havre, de manera que el exprés iría á estrellarse contra el tren de balastre. Ese Ozil, desde el día en que se echó sobre la joven loco de deseo, abriéndole ella la cabeza de un palo que le dió, había conquistado la amistad de Flora, y ésta gustaba de hacerle visitas imprevistas á través del túnel, como una cabra que se escapa del monte. Antiguo militar, muy flaco y poco hablador, sin faltar de su puesto, aún no tenía descuido alguno que reprocharse, siempre alerta de día y de noche. Pero aquella salvaje que le había pegado, fuerte como un mozo, le enloquecía la carne con sólo un signo que hiciese con sus dedos.

Aunque la llevaba catorce años, la deseaba y se había jurado poseerla, teniendo paciencia, siendo muy amable, puesto que la violencia no hubo de darle resultado. Y aquella noche, en la sombra, cuando se acercó Flora á su puesto, llamándole fuera, se fué con ella, olvidándolo todo. Flora le aturdió, le llevaba hacia el campo, contándole historias complicadas; que su madre estaba enferma, y que ella no se quedaría en la Croix-de-Maufras si la pobre mujer fallecía. El oído de Flora acechaba á lo lejos el retumbar del exprés que ya salía de Malaunay y se acercaba á todo vapor. Cuando le sintió allí, se volvió para ver lo que pasaba. Pero no había contado con los

nuevos aparatos avisadores: la máquina, al entrar en la vía de Dieppe, acababa de poner ella misma la señal de parada, y el maquinista tuvo tiempo de detenerse á algunos pasos del tren de balastre. Ozil, con el grito del hombre que se despierta bajo el hundimiento de una casa, volvió corriendo á su puesto; mientras que ella, rígida, inmóvil, había seguido desde el fondo de las tinieblas la maniobra que ocasionó aquel accidente. Dos días después, el guardaagujas, destinado á otro punto, fué á despedirse de ella sin sospechar nada, suplicándola que se fuera con él en cuanto muriese su madre. Vaya, falló el golpe, había que inventar otra cosa.

En aquel momento, bajo aquel recuerdo evocado, la niebla que oscurecía la mirada de Flora había desaparecido, y vió de nuevo á la muerta, alumbrada por la llama amarilla de la vela. Su madre ya no vivía: ¿iba, pues, á marcharse, á casarse con Ozil, que estaba enamorado de ella, y que quizá la hiciese feliz? Todo su ser se sublevó. ¡No, no! Si era bastante cobarde para dejarles la vida á los otros, y para continuar viviendo ella misma, habría preferido correr libremente, ponerse á servir, antes que entregarse á un hombre á quien no quería. Y al oír un ruido insólito, escuchó y comprendió que Misard, con un pico, estaba registrando en el solado de la cocina: se enfurecía buscando los cuartos, y de buena gana habría despanzurrado la casa. No; pues tampoco iba ella á quedarse con ese individuo. ¿Qué partido tomaría?

Una ráfaga sopló, las paredes temblaron, y sobre el rostro blanco de la muerta pasó un reflejo de hoguera, ensangrentando los ojos abiertos y la risa irónica de sus labios. Era un efecto de luz del último mixto de París, que pasaba con su pesada y lenta máquina.

Flora volvió la cabeza y miró las estrellas que relucían en la serenidad de aquella noche primaveral.

—Las tres y diez. Dentro de cinco horas pasarán.

Y recomenzaría la vida atormentándola. Verles, verles así cada semana ir á echarse en brazos uno de otro, aquello era más de lo que podía sobrellevar. Ahora que ya estaba segura de no poseer á Santiago para sí sola, prefería que el joven desapareciese, que de aquello no quedara nada. Y la lúgubre habitación en donde ella velaba la envolvía de luto, bajo la necesidad imperiosa del completo anonadamiento. Puesto que ya nadie la quería, que siguiesen todos el camino de su madre.

Muertos siempre los tendría, siempre, siempre, y á todos se los llevarían al cementerio. Su hermana, su madre, y su amor habían muerto: ¿qué iba á hacer? quedarse sola, mientras los otros serían dos. ¡No, no! ¡Que todo se abismara, que la muerte, que estaba allí en aquel triste cuarto, soprase sobre la vía y barriese á la gente.

Entonces, decidida después de aquel largo debate, discutió el mejor medio de ejecutar su proyecto. Y volvió á su idea de quitar un rail.

Era el medio más seguro, más práctico, de una ejecución fácil: bastaba quitar los coginetes con un martillo y desatornillar luego el rail de los travesaños. Tenía herramientas y nadie la vería en aquel país desierto. El mejor sitio era, ciertamente, después de la zanja, yendo hacia Barentin, la curva que atravesaba un valle, sobre un terraplén de siete á ocho metros; allí el descarrilamiento era seguro, la caída sería espantosa. Mas el cálculo de las horas, que luego la ocupó, la dejó muy perpleja. Sobre la vía ascendente, antes del exprés del Havre, que pasaba á las ocho y dieciséis, sólo había un tren mixto á las siete y cincuenta y cinco; de manera que le quedaban veinte minutos para llevar á cabo su intento; era muy suficiente. Pero entre los trenes reglamentarios lanzaban á veces trenes de mercancías imprevistos, sobre todo en las épocas de gran movimiento. Y entonces, ¡qué riesgo inútil! ¿Cómo saber de antemano si el exprés sería el que viniese á estrellarse allí?

Durante largo rato quedó pensativa. Aún era de noche; la vela acababa de arder en una ola de sebo, con su torcida negruzca que ya no despabilaban.

Un tren de mercancías llegaba, procedente de Rouen, y Misard entró. Tenía las manos llenas de tierra por haber estado husmeando en donde guardaban la leña, y estaba jadeante, atontado y furioso por sus vanas pesquisas, tan excitado de rabia impotente, que se puso de nuevo á buscar bajo los muebles, en la chime-

nea, por todas partes. El tren interminable continuaba, con el estruendo acompasado de sus pesadas ruedas, y cada sacudida de éstas agitaba á la muerta en su cama. El, alargando el brazo para descolgar un cuadrado pendiente de un clavo en la pared, encontró de nuevo los ojos abiertos que le seguían, en tanto que los labios se movían con su risa.

Misard se puso pálido y tiritó, balbuceando en medio de una rabia llena de espanto:

—¡Sí, sí, busca! ¡busca!..... ¡Anda, que ya los encontraré, Dios de Dios! ¡Sí, aunque tuviese que revolver cada piedra de la casa y cada cuarta de terreno de todo el país!

El tren pasó lento y pesado en las tinieblas, y la muerta, inmóvil de nuevo, continuaba mirando á su marido, tan zumbona, tan segura de vencer, que de nuevo desapareció él, dejando la puerta abierta.

Flora, distraída en sus reflexiones, se había levantado y cerró la puerta para que aquel hombre no viniese á molestar á su madre. Quedó extrañada al oírse decir en voz alta:

—Diez minutos antes bastarán.

En efecto, diez minutos serían suficientes. Si diez minutos antes del exprés no anunciaban ningún tren, podía llevar á cabo su intento. Y al quedar ya la cosa decidida, su ansiedad desapareció, quedando muy tranquila.

A eso de las cinco despuntó el día; era un alba fresca, de una limpidez pura. A pesar del frío penetrante, abrió la ventana de par en par, y el

delicioso despertar de la mañana entró en el cuarto lúgubre, lleno de humo y oliendo á muerto. El sol estaba aún debajo del horizonte, detrás de una colina coronada de árboles; mas apareció deslumbrador, despidiendo rayos, inundando los valles en medio de la alegría viva de la tierra á cada nueva primavera. No se había equivocado Flora la víspera: haría buen tiempo aquella mañana, uno de esos tiempos de juventud y de perfecta salud en que gusta vivir. En aquel país desierto, entre los continuos ribazos cortados de estrechos valles, ¡qué bueno sería irse á lo largo de los senderos de cabra, dejando libre su fantasía! Y cuando la joven volvió al cuarto, quedó sorprendida al ver la vela, medio apagada, que manchaba tanta luz con una pálida lágrima.

Al ser de día principiaba el servicio de Flora, y no dejó el cuarto hasta la hora de llegada del mixto de París, á las seis y doce. También Misard, á las seis, acababa de reemplazar á su colega, el estacionario de noche. Y al oír su sonido de bocina, vino ella á plantarse delante de la barrera, con la bandera en la mano. Durante un momento siguió el tren con la vista.

—Faltan dos horas—pensó en voz alta.

Su madre ya no necesitaba de nadie y sentía una invencible repugnancia por entrar en el cuarto. Todo había concluído y podía disponer de su existencia y de la de los demás.

Generalmente, entre las horas de trenes, se escapaba, desaparecía; pero aquella mañana parecía clavarla en su puesto cierto interés, junto

á la barrera, sobre un banco formado por una simple tabla que estaba en la orilla de la vía. El sol subía en el horizonte, mezclándose sus rayos en el aire puro; y Flora no se movía, bañada por aquella dulzura, en medio del vasto campo, estremeciéndose al sentir la savia de Abril. Durante un rato la interesó Misard en su covacha de tablas, á la otra orilla de la línea, visiblemente agitado, fuera de su somnolencia acostumbrada: salía, entraba, maniobraba en sus aparatos con mano nerviosa, echando continuas ojeadas sobre la casa, como si su espíritu hubiese permanecido en ella buscando continuamente. Después Flora le olvidó, sin acordarse siquiera de que estuviese allí. Todo su ser estaba ocupado por aquel tren que venía, absorta, con la cara muda y rígida, fijos los ojos en donde principiaba la vía, hacia Barentin.

Y allí, en medio de la alegría del sol, iba á levantarse para ella una visión en la que se ce-baba el salvajismo testarudo de su mirada.

Pasaron algunos minutos y Flora no se movía. En fin, cuando á las siete y cincuenta y cinco Misard, con dos toques de bocina, anunció el mixto del Havre, sobre la vía ascendente, Flora se levantó, cerró la barrera y se plantó delante con la bandera en la mano. Ya á lo lejos desaparecía el tren, después de haber conmovido el suelo y se le oyó hundirse en el túnel, en donde cesó el ruido. Flora no volvió al banco y permaneció de pié, contando de nuevo los segundos.

Si dentro de diez minutos no se anunciaba

ningún tren de mercancías, echaría á correr para hacer saltar el rail. Estaba muy serena, sólo tenía el pecho oprimido como bajo el peso enorme del acto. Además, en aquel último momento, el pensar que Santiago y Severina se acercaban y que continuarían pasando, yendo á gozar uno de otro si no les detenía, bastaba para enardecerla, ciega y sorda en su resolución, sin que siquiera dudara un momento: era lo irrevocable, había que dar el zarpazo de la loba que mata al pasar. Continuaba no viendo más que sus dos cuerpos mutilados, en el egoísmo de su venganza, sin preocuparse Flora de la muchedumbre, de la ola de gente que desfilaba ante su vista desde hacía tantos años; gente desconocida. Muertes y sangre: quizás se ocultase el sol, ese sol cuya alegría amorosa le irritaba.

Faltaban dos minutos, uno nada más, y ya iba á marcharse cuando sordos vaivenes, sobre la carretera de Beucort, la detuvieron. Algún carro sin duda. Le pedirían paso, tendría que abrir la barrera, charlar, quedarse allí: imposible hacer lo que se proponía, fallaba el golpe. Hizo un gesto de rabiosa indiferencia, echando á correr, abandonando su puesto, dejando allí plantado al carro y al carrero: que se las arreglasen como pudieran. Pero un látigo triscó, una voz gritó alegremente:

—¡Eh! ¡Flora!

Era Cabuche. Quedó clayada en el suelo, detenida en su primer arranque delante de la misma barrera.

—Pero oye—continuó—¿duermes aún con este hermoso sol? ¡Anda pronto, para que pase antes que venga el exprés!

Hubo en Flora una especie de desmoronamiento. Su plan fracasaba, los otros dos irían á la felicidad, sin que Flora hallase nada para que se estrellaran allí. Y mientras abría lentamente la vieja barrera medio podrida, cuyos goznes crujían enmohecidos, buscaba furiosamente un obstáculo, algo que pudiese echar en medio de la vía; hasta tal punto se hallaba Flora desesperada, que ella misma se habría alargado al través de los rails si se hubiese sentido con los huesos bastante duros para hacer descarrilar el tren. Mas sus miradas acababan de caer sobre el carro, el pesado y viejo camión, cargado con dos inmensas piedras que cinco poderosos caballos podían arrastrar apenas. Enormes, altas y anchas, de una masa gigantesca que cerraba el paso, aquellas piedras se ofrecían á ella, y despertaron en sus ojos un brusco deseo, una gana loca de cogerlas, de ponerlas allí. La barrera estaba abierta de par en par, los cinco animales sudando, cansados, esperaban.

—¿Qué te pasa tan de mañana?—repuso Cabuche.—Parece que no tienes la cara de todos los días.

Entonces Flora habló.

—Mi madre ha muerto ayer noche.

Cabuche tuvo para ella un grito de dolorosa amistad. Dejó su látigo y le estrechó las manos en las suyas.

—¡Oh, mi pobre Flora! ¡Era de esperar desde hacía mucho tiempo; pero sin embargo, es doloroso!..... ¿De modo que está ahí? pues quiero verla, habríamos acabado por entendernos sin la desgracia que ha ocurrido.

Se fué despacito hasta la casa. En el umbral, sin embargo, echó una ojeada sobre sus caballos. La joven, con una palabra, le tranquilizó.

—¡No hay cuidado de que se muevan! Y además, está lejos el exprés.

Flora mentía. Con su oído adiestrado, en medio del aire tibio del campo, acababa de oír el exprés, dejando la estación de Barentín. Todavía cinco minutos, y ya estaría allí, saldría de la zanja, á cien metros del paso de nivel.

Mientras el cantero, de pie en el cuarto de la muerta, se olvidaba, pensando en Luisilla, muy conmovido, Flora, que se había quedado fuera, delante de la ventana, continuaba escuchando, á lo lejos, el resoplido acompasado de la máquina, cada vez más próxima. Bruscamente recordó á Misard; sin duda la estaba viendo é impediría la catástrofe; y recibió un golpe en el corazón cuando al volverse no le vió en su puesto. Estaba del otro lado de la casa, cavando, bajo el brocal del pozo, sin poder resistir á su locura de buscar por todas partes, persuadido sin duda de que los cuartos estaban allí; entregado por completo á su pasión, ciego, sordo, registraba y registraba. Y aquello fué para Flora la última excitación. Las cosas se arreglaban de aquel modo. Uno de los caballos se puso á relinchar,

en tanto que la máquina, más allá de la zanja, lanzaba un fuerte resoplido, como una persona que tiene mucha prisa y que por fin llega.

—Voy á sujetarlos—dijo Flora á Cabuche.— No tengas miedo.

Se abalanzó, cogió al primer caballo por la brida, y tiró, con toda su fuerza de luchadora, fuerza aumentada en aquel momento.

Los caballos dieron una sacudida; durante un momento, el carro, pesadísimo con su enorme carga, osciló sin adelantar un paso; pero después, como si la joven se hubiese enganchado ella misma, cual caballo de refuerzo, arrancó y quedó en la vía. Y estaba en pleno sobre los rails, cuando el exprés, á cien metros, asomó fuera de la zanja. Entonces, para inmovilizar el carro, por miedo á que atravesase, Flora contuvo el tiro, en una brusca sacudida, con un esfuerzo sobrehumano que hizo crujir sus miembros.

Ella, que tenía su leyenda, de quien contaban rasgos de fuerza extraordinarios: un vagón lanzado sobre la pendiente, y detenido en su carrera; un carro empujado, librado de un tren; ella, Flora, hacía hoy esto: sujetaba, con su puño de hierro, los cinco caballos, encabritados y relinchando por su instinto del peligro.

Pasaron apenas diez segundos de un terror infinito. Las dos piedras gigantes parecían cerrar el horizonte. Con sus cobres limpios y sus aceros relucientes, la máquina se deslizaba, llegaba con su marcha suave y fulminante, bajo la

lluvia de oro de aquella hermosa mañana. Lo inevitable estaba allí, nada en el mundo podía ya impedir aquel aplastamiento. Y el ansioso esperar duraba.

Misard, que de un brinco regresó á su puesto, vociferó alzando los brazos, agitando los puños, con la voluntad loca de avisar y detener el tren. Al ruido de las ruedas y de los relinchos, Cabuche se precipitó vociferando también, para que avanzaran los caballos. Pero Flora, que acababa de echarse á un lado, le detuvo. Cabuche creía que no había podido dominar el tiro y que los animales la habían arrastrado. Y se acusaba, sollozaba, en un estertor de terror desesperado; mientras que ella, inmóvil, crecida, con los párpados ensanchados y ardorosos, miraba. En el mismo momento en que el pecho de la máquina iba á tocar las piedras, cuando le quedaba próximamente un metro de distancia, durante ese tiempo inapreciable, Flora vió muy distintamente á Santiago, con la mano en el volante del cambio de marcha. Se había vuelto, y los ojos de ambos se encontraron en una mirada que le pareció á ella larguísima.

Aquella mañana Santiago había sorprendido á Severina cuando ésta bajó al andén, en el Havre, para tomar el exprés, según costumbre de cada semana. ¿Para qué estropearse la vida con pesadillas? ¿Por qué no aprovechar los días felices cuando se presentaban?

Todo acabaría quizás por arreglarse.

Y estaba resuelto á saborear siquiera la ale-

gría de aquel día haciendo proyectos, soñando en almorzar con ella en la fonda. Así es que al echarle ella una ojeada entristecida porque no había vagón de primera cerca de la máquina y había de verse obligada á ponerse lejos de él, á la cola, quiso consolarla sonriéndole tan alegremente.

De todos modos, juntos habían de llegar y allá se resarcirían de haber estado separados. Es más, después de haberse inclinado para verla subir á su compartimento, en lo último del tren, llevó el buen humor hasta chancearse con el conductor jefe, Enrique Dauvergne, que sabía estaba enamorado de ella. La semana anterior se había figurado que éste se envalentonaba y que ella le daba alas, necesitando distraerse, queriendo huir de la existencia atroz que se había proporcionado. Bien lo decía Roubaud: Severina acabaría por acostarse con aquel joven, sin placer, únicamente para probar otra distracción. Y Santiago preguntó á Enrique que á quién había mandado la vispera, escondido detrás de uno de los olmos del patio de salida, besos por el aire. Esto hizo que estallase Pecqueux en una risotada, el cual, en aquel momento, se hallaba cargando el hogar de la Lisón que estaba echando humo, y pronta para marchar.

Desde el Havre á Barentín, el exprés había andado á su velocidad reglamentaria, sin incidente; y Enrique fué el primero, que desde lo alto de su cuartito de vigía, al salir de la zanja, notó el carro obstruyendo la vía. El furgón de

cabeza estaba atestado de equipajes, pues el tren, muy cargado, traía todo un arribaje de viajeros, que la víspera habían desembarcado de un buque. Estrechado en medio de aquel hacinamiento de bauls y de maletas zarandeados por la trepidación, el conductor jefe estaba de pie contra su mesita clasificando hojas, en tanto que la botellita de tinta, colgada de un clavo, se balanceaba, también con un continuo movimiento. Después de cada estación en que depositaba equipajes, tenía que sentar apuntes durante cuatro ó cinco minutos. Dos viajeros habían bajado en Barentín, y acababa, pues, de poner en orden sus papeles, cuando al subir á sentarse en la vigía echó una ojeada hacia adelante y hacia atrás, según costumbre. Permanecía sentado en aquella garita con cristales durante todas sus horas libres, vigilando. El tender le ocultaba al maquinista, pero merced á su puesto elevado, veía á menudo más lejos y más pronto que éste. Así es que aún estaba el tren en la curva de la zanja cuando ya él vió allá el obstáculo. Fué tal su sorpresa, que titubeó un momento espantado, paralizado. Perdiéronse algunos segundos, el tren ya había salido de la zanja, y un grito terrible subía de la máquina cuando se decidió á agarrar la cuerda de la campana de alarma, cuya punta colgaba delante de él.

Santiago, en aquel momento supremo, puesta la mano sobre el volante del cambio de marcha, miraba sin ver ¡en un minuto de ausencia intelectual!

Pensaba en cosas confusas y lejanas, de donde desaparecía hasta la imagen de Severina.

El vuelo furioso de la campana y el grito de Pecqueux detrás de él le despertaron. Pecqueux, que había levantado la varilla del cenicero, disgustado por el tiro, acababa de darse cuenta al inclinarse para cerciorarse de la velocidad. Y Santiago, pálido como un muerto, lo vió todo, lo comprendió todo: el carro atravesado, la máquina lanzada, el espantoso choque, y todo con tal claridad, que distinguió hasta el bulto de las dos piedras, mientras tenía ya en los huesos la sacudida del aplastamiento. Era inevitable. Violentamente giró el volante del cambio de marcha, cerró el regulador y apretó el freno. Daba contravapor y se había colgado con mano inconsciente á la varilla del silbato, con la voluntad impotente y furiosa de avisar, de apartar la barricada gigante. Mas en medio de aquel horroroso silbido de peligro que desgarraba el aire, la Lisón no obedecía, continuaba su camino, apenas disminuía su velocidad. Ya no era la esclava dócil de otros tiempos desde que había perdido en la nieve su buena vaporización, su arrancar tan dócil; se había vuelto caprichosa y áspera como una mujer envejecida y cuyo pecho ha sido estrozado por un pasmo. Ahora quedaba enseguida jadeante, desobedecía al freno; seguía, seguía corriendo en medio de la obstinación pesada de su mole.

Pecqueux, loco de terror, saltó. Santiago, clavado por el espanto, crispada la mano derecha